

¿ES LA ECONOMÍA UN HUMANISMO?

JUAN URRUTIA ELEJALDE*

En este artículo se arguye que el enojo que a veces se muestra en el rechazo de las aplicaciones de la ciencia económica, está relacionado con la acusación de que ésta no es un humanismo. El artículo pretende mostrar que la ciencia económica ha generado suficientes resultados de un cierto tipo como para que pueda ser considerada hoy como «en marcha hacia un humanismo», ya se considere éste como atención al hombre real, como algo reflejado en las humanidades, como eso que permite pensar la diversidad y el relativismo cultural o, finalmente, como un Humanismo en el sentido renacentista.

Palabras clave: ciencia económica, Humanismo, diversidad cultural.

INTRODUCCIÓN

CONTESTAR a la pregunta que da título a este trabajo exigiría precisiones respecto a lo que entendemos por ciencia económica y lo que se entiende por humanismo. Sin embargo, en lugar de comenzar delimitando ambos conceptos es más ágil, y en el fondo más fructí-

fero, confrontar una situación en cuyo contexto la pregunta del título tenga sentido y sea relevante. Pongámonos pues en situación. La última semana de septiembre, en Praga, y en medio de una batalla campal entre policía y manifestantes, se escenificó una lucha virtual entre las delegaciones de los países miembros del Banco Mundial y del Fondo

* Juan Urrutia Elejalde es Catedrático de Economía en excedencia y Presidente del Consejo Social de la Universidad Carlos III de Madrid.

Monetario Internacional, que abarrotaban el palacio de congresos, y los manifestantes pertenecientes a diversas organizaciones no gubernamentales, que pretendían asediado o incluso invadirlo. Los días anteriores se habían hecho verdaderos esfuerzos por acercar posiciones entre los directores de esas dos agencias multinacionales y las ONGs menos anárquicas y belicosas. Esfuerzos éstos tan loables como inútiles ya que no pudieron evitar los alborotos y la clausura precipitada de la asamblea. Ubiquémonos ahora en cualquiera de los bandos y tratemos de aislar las diferencias básicas que los separan. Los de *dentro* tienen una concepción abstracta del ser humano. Los de *fuera* sienten al ser humano en concreto, y sus protestas y exabruptos van dirigidos a denunciar la insensibilidad y la inhumanidad de los apologistas de la globalización y el libre mercado, últimos responsables, según ellos, del sufrimiento observado. No es que entre los funcionarios del Fondo o del Banco no haya quien sufra con los pobres; no es que entre los anarquistas antiglobalización no haya quien tenga una concepción

abstracta del hombre. No es eso en efecto; pero sí es cierto que la confrontación entre unos y otros, los de *dentro* y los de *fuera*, podría quedar bastante bien captada por la contraposición entre un pensamiento humanista y otro que no lo es. De ahí que la pregunta del título no sea trivial o puramente retórica. De su respuesta depende quizá que agencias multinacionales y organizaciones no gubernamentales puedan entenderse y colaborar en la erradicación del sufrimiento masivo de seres humanos. Trataré pues de perfilarla pero sin divagaciones excesivas y siguiendo siempre como hilo conductor la confrontación descrita.

Para conseguir el objetivo así descrito iré paso a paso. Me preguntaré en primer lugar si la economía (sinónimo en todo lo que sigue de ciencia económica) deja traslucir una concepción específica del hombre y si esa posible concepción se corresponde con el comportamiento humano generalmente observado. En segundo lugar exploraré las relaciones que existen entre la economía y lo que se suele denominar las humanidades. Puesto que, entre éstas, la his-

toria ocupa un lugar singular, en tercer lugar, trataré de explicar cómo pueden reconciliarse la razón universal propia de la modernidad con esa diversidad tan mencionada en el mundo posmoderno. Para terminar, trataré de relacionar lo que se entiende por Humanismo (con mayúscula) en la historia del pensamiento con el desarrollo de la economía, concluyendo que la ciencia económica está en camino de ser un Humanismo. Como un corolario de esta conclusión mostraré, en un comentario final, que acontecimientos tenso como los vividos en Praga no tienen por qué considerarse como inevitables, y que la clave de cómo superarlos puede estar encerrada precisamente en los vericuetos de la ciencia económica.

LOS ECONOMISTAS COMO HOMBRES Y LOS HOMBRES ECONÓMICOS

PARA EMPEZAR por lo más fácil es conveniente preguntarse cómo son los economistas como seres humanos y cómo son los seres humanos modelados por los economistas. En

general el economista «goza» de una imagen social fría y distante, propia de una ingeniería social. Sin embargo, para empezar a defender a los economistas de la acusación de inhumanidad, no se trata de dilucidar si los economistas son o no son maridos fieles, amantes fogosos, padres ejemplares o ciudadanos responsables o si, por el contrario, son un desastre en todos los ámbitos de lo humano. Hay economistas de todos los pelajes; pero lo que sí parece cierto es que difícilmente encontramos a un economista como protagonista de una obra literaria o como figura ejemplar de algún rasgo humano. Quizá la única excepción sea la de Jevons, uno de los padres de la revolución marginalista y un concienzudo escritor de diarios, que permiten la reconstrucción de un ser humano real y personaje ejemplar, constitutivo del economista romántico por excelencia.

Hay, sin embargo, una constatación que, aunque produce un escalofrío y constituye un escollo en mi estrategia, es imposible soslayar. En experimentos económicos en los que, por ejemplo, se hace jugar el dilema del prisionero o el

juego del ultimátum a sujetos experimentales entre los que hay economistas, se ha observado que éstos, los economistas, tienen un comportamiento diferenciado. Cooperan menos a menudo que otros en el primer juego y se alejan más de la división igual en el segundo. Cabría pensar que los economistas son, por formación, menos fraternales y menos justos que otros profesionales; pero lo más sensato, a mi juicio, no es pensar así, sino constatar que conocen el juego mejor que otros y que saben cuál es la solución, no muy humana, que la racionalidad impone. No es necesario añadir que ninguno de los dos experimentos citados implica que, en situaciones reales, los economistas se vayan a comportar como lo hacen en el laboratorio.

En cualquier caso, estos experimentos que acabo de mencionar revelan que el ser humano en general es más solidario y más equitativo que el hombre modelado por la ciencia económica. Esta constatación nos llevaría a pensar que la economía no sabe captar al ser humano en toda su extensión o en toda su complejidad y, en consecuencia, a aventurar

la idea de que la economía no es, o no configura, un humanismo. Quizá sea así; pero yo creo que esta respuesta es prematura. En efecto, para perfilar la respuesta sobre la naturaleza humanística de la economía no se trata de saber si los agentes económicos racionales, modelados por los economistas teóricos, son una caricatura excesivamente simplificadora de los hombres y mujeres que diariamente toman sus decisiones en el mundo real: la caricatura será excesiva o no dependiendo sólo de su rendimiento teórico. De la misma forma no deberíamos entender como economía humanística a aquella que pretende modelar los buenos (o malos) sentimientos que los agentes económicos reales muestran en muchas ocasiones. El altruismo, por ejemplo, es fácilmente incorporable al esquema conceptual generalmente utilizado sin que varíe este esquema y sin que, por lo tanto, su incorporación pueda humanizarlo. Tampoco deberíamos hacer que el humanismo de la economía dependa de su capacidad para explicar comportamientos como los solidarios o equitativos detectados en los citados experi-

mentos, relativos al dilema del prisionero o al juego del ultimátum: las explicaciones al uso pivotan sobre variaciones de los modelos (como por ejemplo considerar que el correspondiente juego se repite) que no ponen en duda la racionalidad del individuo y, por lo tanto, no aportan nada nuevo a la naturaleza del ser humano que conciben.

Mientras las hipótesis *standard* de los modelos económicos sean suficientes para explicar comportamientos observados no hay razón para tratar de cambiarlas, aunque no reflejen la naturaleza profunda del ser humano y no tengan en cuenta muchos rasgos psicológicos que pueden nublar su razón en algunas ocasiones. En todo caso, y para disciplinar nuestra imaginación ateniéndonos a la situación concreta que nos hace de hilo conductor, podemos afirmar que no parece que precisiones sobre la modelización utilizada por la economía vayan a zanjar el conflicto entre «tecnócratas» y «humanistas», que parece subyacer a los enfrentamientos de Seattle, Washington y últimamente Praga. Unos y otros admitirían, yo creo, que no están

hablando de esto, sino de algo más profundo.

ECONOMÍA Y HUMANIDADES

CON UN POCO MÁS de rigor suele decirse que la economía no es un humanismo porque no tiene relación apreciable con las llamadas humanidades. Esto es cierto en un sentido muy pegado a tierra; pero no necesariamente cuando se reflexiona sobre ello en abstracto. Es verdad que los currícula académicos de «humanidades» y de «económicas» apenas se cruzan y es también verdad que, en general, no hay doble militancia en los economistas que raramente se desdoblán en filósofos o artistas; pero todas estas evidencias aparentes pierden parte de su obviedad cuando examinamos con un poco más de profundidad la relación entre la economía, por un lado, y las diversas ramas de la filosofía, por otro.

Dejando al margen otros precedentes, es generalmente aceptado que la ciencia económica se inaugura con Adam Smith un profesor de filosofía moral. Este origen no es caprichoso pues de hecho la preo-

ocupación típica de Smith tanto en la *Teoría de los Sentimientos Morales* (1759) como en la *Riqueza de las Naciones* (1776) no es otra que tratar de aislar las condiciones que dan pie a la interacción humana significativa y a la existencia de las instituciones que permiten ordenarla. En este sentido, la economía tiene mucho que decir y no puede abstraerse de temas como el liberalismo, político y económico, la igualdad, la justicia y la igualdad de oportunidades, entre otros. Sin embargo puede quizá pensarse que estos temas ni son centrales a la ciencia económica ni tampoco a la filosofía. ¿Hay alguna relación entre la economía y la ontología, la ética o la estética? Pretendo argüir que sí la hay y que la economía tiene hoy la capacidad de avivar y enriquecer estos asuntos propios de la aventura filosófica más clásica.

Pensemos primero en la ontología. No parece que este lugar central de la metafísica haya sido muy popular desde Heidegger hasta hoy. Sin embargo, me permito opinar que los filósofos avivarían su ingenio si examinaran algunos resultados contemporáneos, aunque no muy recientes, de la

economía. Mencionaré tres bien conocidos. Los tres tienen en común una característica básica del pensamiento económico: su reflexividad. Esta cualidad hace que las ideas económicas de los agentes económicos puedan influir en la configuración de la realidad económica. El primero de estos resultados que quiero destacar es el relacionado con la problemática existencia de *burbujas especulativas* en un mercado de valores. ¿Qué tipo de realidad es ésa que parece observarse profusamente pero que, como se sabe, no podría existir a largo plazo si los agentes económicos fueran racionales? El segundo se refiere al modelo de Lucas de la *curva de Phillips*. El hecho crucial de que la información no es perfecta hace que los agentes económicos tomen un incremento del nivel general de precios como una elevación del precio relativo que les concierne. Su comportamiento consecuente genera observaciones que recubren una curva de Phillips como la conocemos, es decir con pendiente negativa en el espacio de tasa de inflación y desempleo. Pero, curiosamente, este objeto que observamos parece ser un espejismo,

ya que en cuanto queremos apoyarnos en él para, por ejemplo, reducir el desempleo, nos encontramos con que no podemos y con que lo único que conseguimos es incrementar la tasa de inflación. Puede parecer que estos dos resultados no son lo suficientemente robustos como para sembrar dudas acerca del realismo de la ontología; pero el tercero debería tener la virtualidad de reforzarlas. Este tercer resultado al que me refiero es el de la posibilidad de *profecías que se autocumplen*. Dentro de esta familia de resultados es singularmente impactante lo que ha dado en llamarse el «equilibrio en manchas solares». De acuerdo con esta idea es posible que haya una economía totalmente determinista en la que existe un equilibrio (determinístico), digamos que de pleno empleo. Pues bien, si la gente cree que las manchas solares influyen en la producción de esta economía (tal como creía Jevons, nuestro santo patrón romántico) y la dinámica de estas manchas solares es estocástica, puede ocurrir que esta economía determinística exhiba un equilibrio observable en el que el empleo oscila estocásticamente (!) entre el

pleno empleo y el desempleo. Las creencias, incluso las falsas, como en este caso, han creado realidad en el pleno sentido de la palabra.

Siempre me ha parecido que estos tres resultados constituyen un reto para la ontología; pero no soy consciente de reacción alguna por parte de los filósofos. Lo que sí he visto es su utilización genérica, es decir, como ejemplos de la reflexividad del pensamiento económico, en la discusión entre Realismo y Retórica como metodologías económicas. Pero no quisiera ahora enredarme con la metodología en general ni con la metodología económica en particular, porque la consideración específica de la filosofía de la ciencia, aunque es claramente parte de la filosofía, me distraería de mi empeño por sugerir el interés del pensamiento económico para ramas más clásicas de la filosofía. Volveré pues mi atención a la ética y, dentro de ella, a dos temas centrales. El más interesante es posiblemente el tema del utilitarismo, en el que filosofía y economía llevan juntas doscientos años. Baste aquí decir que son economistas los que en los últimos años han desbrozado el

problema de por qué y en qué condiciones la «función de bienestar social» tiene esa forma de suma ponderada de utilidades que siempre se ha atribuido al utilitarismo. Me atrevería a decir que aquí los economistas han sido los verdaderos filósofos. Quizá menos central ha sido el tema del relativismo cultural de la ética y la correspondiente problemática de la universalidad de algunos derechos humanos. Sobre esto volveré más adelante; pero cabe decir ahora que hay una interacción natural entre el pragmatismo americano, e incluso el comunitarismo, con algunos desarrollos económicos basados en juegos evolutivos. Estos juegos poseen en general distintos equilibrios que se alcanzan a partir de diferentes condiciones iniciales y, en consecuencia, lo que puede llegar a configurarse como una norma en una sociedad puede ignorarse en otra.

Aunque parezca algo sacado de quicio, tampoco cabe ignorar la relación entre la economía y la estética. Nociones de arte pueden servir para distinguir aproximaciones alternativas a la política económica y, como se sabe, hay toda

una rama menor de la economía dedicada a estudiar el mercado del arte; pero quizá es momento de tomar respiro y no dejarnos llevar por la inercia analítica ni por la erudición, y volver a la situación que debe constituir nuestro hilo conductor. A efectos de entender lo que ha ocurrido en Praga, y a pesar de lo que acabo de argüir, no cabe decir que la economía esté hoy muy cercana a la filosofía, aunque nace de ella y esporádicamente vuelve a ella, incluso con ideas fructíferas. Tampoco parece que la sensibilidad estética influya sobre la forma de entender un problema económico, aunque a veces pueda aclarar algunos aspectos. No parece que dos economistas puedan distinguirse por sus aficiones artísticas o por sus gustos literarios. Ni los alborotadores de las calles de Praga están exigiendo que los expertos encerrados en su palacio de congresos sean hombres cultos en estos sentidos, ni éstos, los expertos, se sentirán dolidos por la acusación de una cierta incultura. El enfrentamiento entre unos y otros tampoco parece estar aquí.

ECONOMÍA E HISTORIA

CREO QUE empezaremos a acercarnos al corazón del conflicto si entendemos que los aspavientos de los alborotadores acusan a los expertos de ignorantes de la historia en un sentido amplio. Como no conocen los detalles culturales propios de los países a los que aplican sus recetas, éstas son a veces contraproducentes y originan un innecesario sufrimiento. Por ejemplo, puesto que la globalización no sólo es un hecho sino también una prescripción para el desarrollo, puede igualmente contestarse en esos términos. Parecería que este es el fondo del conflicto; la ciencia económica, al no ser consciente de la historia, puede ser un instrumento como que golpea tanto como cura. Sobre este problema genuino acabo de decir algo y ahora diré algo más, pues ciertas ideas económicas pueden aclararlo.

Para discutir con cuidado el problema de la compatibilidad entre la universalidad de la razón ilustrada (que define la modernidad) y la diversidad de las construcciones particulares

a que el ejercicio de esa razón da lugar en el mundo posmoderno, me centraré en el problema del sesgo inflacionario y la autonomía del banco central, al que me he referido en otras ocasiones. Me interesa sobre todo como ejemplo con el que discutir sobre economía e historia de manera genérica; pero notemos que se trata de un tema que toca directamente a las partes enfrentadas en Praga. El Fondo Monetario, en efecto, recomienda sin fisuras la independencia del banco central mientras que, tal como arguyen las ONGs, el ejercicio de esa independencia ha traído consigo la recesión económica y el desempleo, especialmente cuando se ha ejercido de manera automática, deshumanizadamente diríamos.

Empecemos por generar el resultado denominado sesgo inflacionario. Supongamos un juego de estrategia entre un sindicato (S) y un gobierno (G), reflejado en el panel de la izquierda de la figura. El jugador S controla los salarios y el jugador G los precios y uno y otro pueden mantenerlos (=) o subirlos (+). Ambos jugadores son racionales en el sentido de preferir más a menos. Las preferencias reflejadas en esta ma-

		G		BC		
		=	+	=	+	
S	=	(10,7)	(0,10)	=	(10,10)	(0,5)
	+	(6,0)	(10,5)	+	(6,7)	(10,0)

triz de pagos son razonables y, de acuerdo con ellas, el único equilibrio de Nash es el correspondiente a la casilla su-
reste. La solución de este juego es tal que ambos jugadores aumentan la variable que controlan, salarios y precios, generando una inflación que no consigue modificar el desempleo porque el salario real no se ha transformado. La clave de este resultado, que se denomina sesgo inflacionario, es que la estrategia antiinflacionaria del gobierno (=) no tiene credibilidad alguna, ya que la contraria (+) es estrategia dominante. Ahora se ve con toda claridad que una forma inmediata de solucionar este sesgo inflacionario es dar independencia a un banco central, cuyo gobernador tiene las preferencias reflejadas en la matriz de pagos de la figura de la derecha. Es claro que ahora el único equilibrio de Nash es

el de la cuadrícula del noroeste en la que el sesgo inflacionario ha desaparecido.

De acuerdo con este juego de manos intelectual parecería que la racionalidad en todos los países exigiría la implantación de un banco central autónomo con independencia de los problemas de desempleo que puedan surgir mientras esta institución adquiere su reputación de intransigente, cosa que tendrá que hacer hasta que no se conozcan sus preferencias reales. Sin embargo, existe otra manera alternativa de atacar la falta de credibilidad del gobierno, que supone menos racionalidad y admite diversidad entre países. Esta manera alternativa está relacionada con los juegos evolutivos. Para poder utilizar el mismo ejemplo de un juego entre Sindicato y Gobierno supongamos que uno y otro agente pueden adoptar estrategias mixtas, es

decir = o + con ciertas probabilidades. En cada periodo de tiempo hay una interacción entre ellos, y de la observación de su resultado surge una modificación miope y posiblemente inercial de su estrategia mixta. Esto genera una dinámica de estrategias que quizá posee uno o varios equilibrios estacionarios localmente, asintóticamente estables, cada uno de los cuales se obtiene a partir de unas condiciones iniciales determinadas. Es perfectamente posible que en algunas sociedades se obtenga asintóticamente el equilibrio (=, =) y en otras el equilibrio (+, +). En el primer caso la sociedad no tendrá sesgo inflacionario y no será necesario un banco central independiente. En la sociedad del segundo caso sí será necesario.

Este ejemplo nos hace ver que la economía posee instrumentos conceptuales capaces de pensar la diversidad y el relativismo cultural. No dudo de que la protesta de los alborotadores de Praga está en buena parte basada en la acusación de ignorar el relativismo cultural que acabo de ilustrar, y de que esta ignorancia es motivo suficiente para poner en entredicho muchas de las aplicacio-

nes de la ciencia económica; pero no creo que ésta sea la última palabra sobre la cuestión que nos ocupa, porque los expertos del Fondo o del Banco, y la ciencia económica en sí, tal como he mostrado, son muy capaces de entender la protesta y de argüir teniendo en cuenta esa historia y esas peculiaridades culturales. De hecho, en los últimos tiempos muchas discusiones internas en las agencias multilaterales han tenido esta forma. La dimisión de Stiglitz como «chief economist» del Banco Mundial puede enmarcarse en este contexto. Sus acusaciones al Fondo y al Banco podrían ser bandera de las ONG's más atildadas. Y es de esto, seguramente, de lo que hablarían los días anteriores a las algaradas las ONG's y las agencias multilaterales.

ECONOMÍA Y HUMANISMO

PARA ALCANZAR el verdadero fondo del conflicto que subyace a la batalla de Praga hay que plantearlo en términos del posible enfrentamiento entre la ciencia económica, que pretendidamente alimenta las propues-

tas del Fondo y del Banco, y el Humanismo, entendido ahora como un movimiento cultural preciso y datado. Veremos cómo, así visto, el conflicto que nos ocupa se entiende mejor y, además, ofrece oportunidades de solución.

El Renacimiento ubicó al hombre en el centro de la escena, en medio del mundo, e inauguró una manera de pensar que subyace a todo el desarrollo intelectual de los siglos XVI a XVIII. Esta manera de pensar ha constituido desde entonces un referente con el que se compara cualquier otro desarrollo intelectual. No es desde luego el momento de caracterizar el Humanismo, baste aquí con destacar dos cualidades con las que habrá que juzgar a la ciencia económica. Por un lado, el Humanismo nace y se desarrolla en la edad de las utopías: una vez que el hombre ha tomado la escena y se ha decidido a pensar, las reflexiones sobre su desarrollo futuro y el límite que ensueña influyen en su situación presente. Por otro lado, y quizá en contraste con lo anterior, el hombre que se constituye en medida de todas las cosas no es el hombre abstracto, o quizá la proyección en

el presente del hombre de la utopía realizada, es, más bien, el hombre concreto, con sus virtudes, defectos y contradicciones bien patentes, un hombre que piensa libre y alegremente.

La primera característica del Humanismo se manifiesta claramente en tres hitos fundamentales de su pensamiento: la *Utopía* de Tomás Moro (1516), *La Ciudad del Sol* de Tomaso Campanella (1623) y *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon (1627). Se trata de obras de lo que hoy llamaríamos filosofía política ya que pretenden entender, y quizá poner en práctica, la posible armonía entre los hombres en sociedad. A mi juicio, nada hay tan característico del Humanismo como su creencia implícita en que las situaciones en el límite pueden ser situaciones límites, es decir que hay fuerzas que nos empujan hacia un futuro en donde las contradicciones se resuelven.

Pues bien, el edificio del Equilibrio General Competitivo, una pieza terminada y bien perfilada, resultante del pensamiento económico neoclásico ejercido durante siglo y medio y, para muchos, piedra angular del edificio conceptual

de la ciencia económica actual, puede ser reconstruido como una Utopía. Esta afirmación deberá chocar a los fustigadores del pensamiento único y a cualquiera que crea que la ciencia económica neoclásica se preocupa de las relaciones entre las cosas (reflejadas en los precios relativos) y no de las relaciones entre las personas. Y, sin embargo, es una afirmación correcta. En efecto, en primer lugar sabemos que, en el límite de una economía que va aumentando su número de agentes, el conjunto de asignaciones de equilibrio walrasiano coincide con el conjunto de asignaciones que ninguna coalición de agentes (es decir de asignaciones que pertenecen al núcleo) de esa economía puede mejorar. En segundo lugar también sabemos que, a medida que nuestra economía va acercándose a la economía límite, el núcleo va encogiéndose hasta coincidir con el conjunto de asignaciones de equilibrio walrasiano. Y, finalmente, sabemos que en el límite se ha alcanzado la competencia perfecta y que ello puede entenderse como una situación en que nadie tiene poder sobre nadie. En efecto, en el límite nadie

aporta nada a ningún subgrupo de gente, luego nadie puede amenazar con salirse de un grupo: podríamos decir que se ha alcanzado una situación en la que hay rendimientos constantes; pero no en bienes, sino en personas. En mi opinión, resulta claro que la bonita historia de la competencia perfecta podrá no tener los tintes coloristas ni los detalles próximos de una utopía renacentista, pero posee sus elementos esenciales.

Sin embargo, y desde el punto de vista de nuestro hilo conductor, esta interpretación culta no parece ayudarnos, ya que la resistencia activa contra ese posible carácter utópico, sino contra la consideración abstracta del hombre que parece violar la concepción humanista del hombre concreto, reflejada en la segunda característica de mi forma de entender el Humanismo Renacentista. Esta segunda característica brilla con esplendor en un humanista tardío, coetáneo durante veinte años de Adam Smith y pensador de culto: Gianbattista Vico. En su *Scienza Nuova* (1725) inauguró una manera de pensar que creo definitoria del Hu-

manismo y cuya relación con la manera de pensar económica no está tan clara en principio. Podemos afirmar que Vico piensa la sociedad en su camino al límite y que la entiende de acuerdo con cuatro elementos cruciales. (i) El principio fundador del pensamiento no es la razón que, cómo creía Descartes, nos hace saber (*Wissen*), sino la *invención*, la fantasía, el ingenio, que nos hace comprender (*Verstehen*). (ii) No es esa fantasía la que constituye al ser humano; este papel lo juega la acción y esta acción, este trabajo, es el que conforma no sólo al individuo sino al mundo, que resulta no ser el continente de la sociedad sino que es creado simultáneamente con ella: *verum ipso factum*, la verdad es algo construido. (iii) El mundo es un sistema autoorganizado que cabe imaginarse como un magma borboteante regido por el *sentido común*, o reglas generales que permiten la supervivencia en ese magma. (iv) Una clave muy importante de esas reglas generales está constituida por las *formas culturales*, que no son iguales en todas partes, pero que en todas par-

tes son instrumentos humanos para estar en el mundo.

Si uno reflexiona sobre las cuatro ideas cruciales que atribuyo a Vico, se dará cuenta de que muy bien podrían constituir el nervio de la ira, mostrado ya desde hace años por quienes parecen enfrentarse alocadamente contra la aplicación de las ideas económicas. Sus formas de manifestarse dan testimonio de su gusto por la *invención*; luchan por construir la verdad a través de su acción, en lugar de admitir las verdades lógicas con las que se les trata de convencer; creen que hay reglas generales que confirman un sentido común más útil para la supervivencia que la ciencia aprendida y, desde luego, son multiculturalistas. ¿Qué puede ofrecerles la ciencia económica? O, en otras palabras, ¿puede hoy la ciencia económica argumentar que cumple con esta segunda característica que define el Humanismo?

Mi contestación a este interrogante no es drástica sino más bien cuidadosa. En mi opinión, hoy hay un cambio de marcha en la teoría económica, espina dorsal de la ciencia económica, que acerca ésta al pensamiento viquiano y, en

consecuencia, a las ansias de quienes protestan contra el neoliberalismo, la globalización y el pensamiento único. El estudio extenso de este cambio de marcha necesitaría mucho espacio y una elaboración minuciosa, por lo que tendrá que esperar a otra ocasión; pero cabe quizá una descripción impresionista del mismo. En dos palabras, yo diría que la economía va por detrás de entender el papel del irracionalismo en la constitución de las instituciones que dotan de estabilidad a la sociedad. Como prueba de esa aseveración arriesgada mencionaré algunos desarrollos analíticos novedosos. La literatura sobre racionalidad limitada explora las formas de representarla eliminando la excesiva arbitrariedad. Los juegos evolutivos, a los que ya me he referido, permiten considerar el papel que cierta irracionalidad puede llegar a jugar en tiempo real. La revolución de la información permite consideraciones de asimetría informacional que explican no pocas instituciones. El neoinstitucionalismo nos alerta sobre la variedad de instituciones y sobre el papel crucial que estas juegan, al condicionar las elec-

ciones individuales y sociales. Finalmente, y esto es algo muy importante, la estrategia investigadora cree llegado el momento de integrar desarrollos de la psicología del conocimiento y del aprendizaje en los modelos económicos, lo que permitiría entender la constitución del yo a través de la acción. Este cambio de marcha es perceptible; pero no parece que sea generalmente admitido, ni que permee la práctica de las grandes agencias multinacionales: he ahí el problema.

La respuesta al interrogante del título de este trabajo es ahora clara. El cambio de marcha que se otea en la ciencia económica permite afirmar que ésta, la economía, está en el camino de constituirse como un verdadero Humanismo, pero que falta trabajo por hacer y que, seguramente, serán inevitables muchos conflictos e incomprensiones. Como conclusión, no es ésta todo lo drástica que sería deseable, pero aun así me parece que puede ayudar a entender el conflicto entre expertos y alborotadores que ha servido de excusa y de hilo conductor a mi discurso.

UN COMENTARIO
FINAL

DE ACUERDO con esta conclusión podríamos decir que lo que los alborotadores de Praga comunican de profundo e interesante es posiblemente su rechazo radical a que la ciencia económica prohíba a los hombres ser dueños de su destino. Esta indignación profunda no se puede apaciguar con explicaciones económicas más o menos complejas, mientras éstas acaben intentando demostrar que el mundo, en sus aspectos económicos, es como es, indefectiblemente. Esto es posiblemente lo que los anarcos que viajan de Washington a Praga, pasando por Seattle o Melbourne, creen ver en las posturas de las agencias multinacionales: que no hay alternativa. Creo que todo iría mejor si entendiéramos que la ciencia económica, aunque sólo pueda decirse que está en camino de convertirse en un Humanismo, deja alternativas a los hombres y que son éstos los que tienen que decidir, ilu-

JUAN URRUTIA ELEJALDE

sionados tal vez por esa misma teoría económica que, a veces, puede jerarquizar esas alternativas. No es lo mismo que una única receta pueda modularse de acuerdo con las distintas culturas, que decir que esas culturas pueden ser modificadas por hombres que pueden elegir entre ellas. De lo primero, tal como he dicho, se ha hablado, de lo segundo no. Y, sin embargo, yo creo que aquí está el *quid* de la cuestión. La economía puede cambiar el marco de las expectativas y el institucional, generando así realidades diversas. Hay una enorme diferencia entre anunciar que no hay alternativa a una receta dada, aunque se pueda modular, y tratar de explicar que, entre las varias recetas existentes, hay una que parece la mejor a una mayoría de personas inteligentes y bienintencionadas. La primera postura produce resentimiento, la segunda ofrece una oportunidad al convencimiento mutuo. Y, además, la ciencia económica sólo sostiene esta segunda.

RECENSIONES

Dirigir los envíos de libros a la Secretaría del
Instituto Empresa y Humanismo.